

Angangueo: la historia de mi vida.
Relato de Don Florentino Márquez Rueda.

Por Angélica García Genel
12 de Febrero de 2005
Transmitido en el Programa de Radio "La Mejor", 97.3 F.M.

Don Florentino, gracias por llevarme noventa años atrás de su vida.

Mi papá se murió cuando yo era muy chico, así que mi mamá se quedó sola conmigo y mis seis hermanos. Éramos muy pobres, vivíamos en Angangueo, allá por las minas de plata donde las mariposas Monarca descansan de a montones.

Él era carpintero, su trabajo era meterse en la obscuridad de la tierra y hacer vigas, puentes y todo lo que pudiera mientras no se cayera de borracho con los mineros. Ese era mi padre, pero como te digo, se murió cuando yo estaba muy chico, así que de lo que más me acuerdo es que me sentaba en sus piernas y me llenaba de tortilla mientras nos poníamos entre el puñado de velas que iluminaba las paredes de barro de la mina.

He de haber tenido unos siete o seis años cuando Odilón nos sacó del pueblo. Eso sí lo tengo bien clarito. Yo estaba en el campo cuando llegó, andaba metido en esa agua calientita que brota del suelo y que hasta quema la ropa.

Odilón nos dijo que si queríamos ir a cuidar unas mulas y yo por las ganas de comida le dije que sí, agarré mi chiquigüite tambaleándome y luego me fui a avisarle a mi mamá que ya me iba.

Allá conocí a María... ¡ah! Cómo me gustaba estar ahí, entonces comía y hasta la tenía a ella queriéndome y chiqueándome. Me espulgaba y podía quedarme dormido con la cabeza metida entre sus manos.

Si por mí hubiera sido ahí me hubiera estado; así... cuidando a los animalitos de carga y dejándome querer. Pero mi mamá pensó que ya estaba bueno chiqueos y mandó a mi hermano por mí.

Cuando llegó y me vio tan contento trabajando con el Odilón, me puso su cara de serio, la más recia y tronando la voz me dijo que mi mamá estaba enferma y que si no me regresaba enseguida no la iba a volver a ver jamás. ¡No pues con esos decires cómo no me iba a regresar!

Así fue como dejé a mis mulas, mi comida y las caricias de María. Con engaños, porque ya cerquita de Angangueo mi hermano empezó a reírse de mi angustia y me contó que mi mamá lo había mandado a traerme como fuera. Porque eso sí, yo era pobre pero no era un niño de esos que luego arrancaban de las faldas de su mamá para no regresarlos jamás. Yo no era eso, yo sí tenía familia y tenía que ver por ella en lugar de andarme con mimos de mujeres extrañas.

Luego, así de pronto se me cambiaron las manos de niño por unas de hombre, tenía ocho años pero la revolución no me quiso esperar más.

El Gobierno se llevaba a los niños para pelarlos y ponerles su chaco. Así que no conocí ni una letra porque ni al gobierno ni a los hacendados les gustaba que uno supiera leer, pensaban que de las escuelas podía cualquiera hacer una revolución. De todas formas no hizo falta, otros sí la hicieron aunque no habían tomado clases nunca.

Las mujeres en ese tiempo eran inútiles, no había oficios para ellas, las pobres veían con dolor cómo agarraban a sus hijos y los cruzaban de brazos por la espalda para amarrarlos. Una reata por aquí, otra reata por acá, un caballo aquí, otro acá... y si uno se quería ir, lo mataban. Así fueron esos tiempos, tristes, muy tristes. Aunque en realidad no hacía mucha falta matar a la gente, en la revolución la gente se moría sola, de hambre, sino pregunten y verán que muchos de nosotros supimos de quienes por desesperación se comían las suelas de las sandalias.

No había trabajo, los hacendados querían puras parvadas de niños. Andaban con su gabancito así, chiquito, y con sus huarachitos y machetito. Sin ir a las escuelas, obedeciendo a un señor que los mandaba a hacer esto y lo otro.

Un día tuvimos que juntar espinas, raíces y ramas para tapar a mi hermano, mi mamá se lo llevó al monte a esconder porque no quería que con la leva se lo mataran. Así que hizo un hoyo y lo dejó ahí como enterrado, tapado con palos y hierbas. Y claro, cuando había y se podía, íbamos a darle de comer.

La revolución acabó con todo; a Angangueo lo secaron los atronadores fusiles y las adivinanzas de "¿Villa o Zapata?" a punta de pistola. Algunos sobrevivieron al hambre, pero muy pocos le ganaron a las epidemias.

Mi mamá y mi hermano se fueron el mismo día, se pusieron muy juntitos para morir, la fiebre arrasó con ellos. Entonces me quedé solito y me senté a ver cómo todos corrían para el norte, pasaban con sus bultos y sus caras renegridas... y me hicieron recordar el ojo de agua de los Laureles, para allá nos despachaba mi mamá a recoger los chapulines que luego, con un puñito de Nixtamal, revolvía para que se hicieran hartos.

Me gustaba encaramarme en los árboles y arrancarles las tecatas; todavía en marzo quedaba una que otra mariposa que había decidido no seguir a sus compañeras para dejarse perseguir por nosotros. Era una cañada muy bonita, estrecha y ya de en medio, ensanchada.

¡Híjole! ahora sí ya se fueron todos y por primera vez me siento muy niño todavía, quisiera que mi hermano abriera los ojos y me dijera que me engañó como esa vez con la María, pero está tan amarillo que no creo que se levante. Mi mamá se ve tan bonita, está como dormida, muy abrazada de mi manito, hasta pena me daría interrumpirle el sueño. No, mejor me apuro, me voy a ir a esa tierra de tepetate donde dicen que se barre el oro, voy a trabajar mucho y con suerte tendré hijos que sí conozcan las letras y que coman todos los días.

Ahí nos vemos Angangueo, algún día he de volver... aunque sea en sueños.